

CENA HOMENAJE A JUAN VALLET DE GOYTISOLO

El jueves seis de marzo nos reunimos a cenar en el restaurante «Jai Alai» un grupo de amigos de las células de los martes y de los jueves. Aunque como después diría Fernández de la Cigöña, «... muchos no se habrán enterado...», aun así, los reunidos nos acercábamos al centenar.

El motivo era el de rendir un cariñoso homenaje a don Juan Vallet de Goytisoló por su brillante elección como académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas que días antes se había producido, para ocupar la vacante que se había producido con la muerte de Eugenio Vegas Latapie.

El ambiente, como siempre que se trata de reuniones de los amigos de *Speiro*, era de lo menos protocolario; parecía, más bien, una típica cena familiar que un homenaje a quien «se encuentra, entre otras cosas, a la cabeza de los civilistas de nuestra patria», como luego resaltaría Francisco José Fernández de la Cigöña.

A los postres de una animada cena, en la que cada uno pasó un rato agradable, los más jóvenes escuchando a nuestros maestros, charlando o polemizando sobre temas de actualidad, Fernández de la Cigöña, en nombre de los asistentes, pronunció unas palabras.

Constituyó un momento especialmente emotivo la lectura de una tarjeta de la familia del inolvidable Eugenio Vegas Latapie, pues en la mente de todos estaba el que esa noche faltaba allí, aunque nos contempla desde el cielo, con doble alegría, tanto por ver a don Juan Vallet en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas como porque fuera él quien recibiera la que había sido su medalla, que como luego resaltaría don Juan Vallet, recordando el discurso de ingreso de Vegas Latapie, no era una medalla cualquiera, pues era la que había pertenecido al ilustre polígrafo don Marcelino Menéndez Pelayo —tan admirado por todos nosotros— y a Plá y Deniel.

Fernández de la Cigöña, al ofrecer el homenaje, entre otras cosas, dijo:

«Querido Juan: Un grupo de amigos ha querido rendirte un homenaje por tu elección en la Academia de Ciencias Morales y

Políticas. No ha habido convocatoria pública, ni organización especial; muchos no se habrán enterado de esta cena de hoy y me temo que a ti te parecerá tan bien como a ellos mal; porque entre tus enormes «defectos», el trabajar cuando nadie trabaja —¿quién puede sufrir las miles y miles de páginas que esclarecen nuestro derecho privado y te convierten en el primero de nuestros civilistas?—; la profesión bien desempeñada, que te señala como a uno de los notarios más prestigiosos de España, reconocimiento que se extiende al extranjero, que te ha designado presidente del Notariado Latino, en días en los que lo que se lleva es la improvisación y la frivolidad; tu espíritu abierto a todas las inquietudes, cuando lo que priva es la especialización, único medio de saber algo estudiando poco, que ha hecho que te pareciera estrecho el inmenso campo del derecho privado y te ocuparas también del derecho público y de la filosofía del derecho, hasta lograr que en el extranjero se te considere como uno de los primeros iusnaturalistas de hoy; tu generosidad, tu espíritu de servicio a las más altas causas —de los que 25 años al servicio de *Verbo* son buena prueba—; por todas estas cosas he de decirte, sin acritud pero con indignación contenida, que es demasiado, que casi no se puede aguantar.

Pues bien, entre todos estos gravísimos «defectos» destaca tu modestia. Todo el mundo asombrado con Juan Vallet y Juan Vallet que va por el mundo con cara de decir: ¿pero yo que he hecho? Y, ¿por qué me felicitáis...? Hoy estamos aquí, compartiendo el pan y la sal de la amistad lo que queremos expresarte nuestro cariño y nuestra admiración».

Recordó a continuación el interés mostrado por Eugenio Vegas para que Juan Vallet ingresara en la Academia de Ciencias Morales y Políticas: «El quería tenerte allí para que tu nombre y tu prestigio le ayudara a servir al Ideal al que él consagró su vida. El servicio de Dios, el bien de la religión y de la patria, pero como Dios quiso siempre probarle con el fracaso de sus actuaciones, sin duda para darle mayor premio en el cielo, no pudo ver hecho realidad su deseo, y la docta Corporación prefirió en dos ocasiones a otro académico...». «Querido Juan, me cabe el honor de ser —evidentemente no por méritos propios, sino por cariñosa designación de los amigos— quien te dé el apretado abrazo que hoy Eugenio te hubiera dado. El desde el cielo se alegrará por esto, y con él y con el de todos los aquí presentes, cómo no, el mío propio. Enhorabuena, aunque tengas un frente más en el que trabajar por Dios y por España».

A continuación habló don Juan Vallet, quien tras glosar unas

palabras de Ramiro de Maeztu, escritas en mayo de 1936, en las que señalaba la necesidad previa de la evangelización para lograr conquistar el poder público, lo que requería previamente la necesidad de formar a los catequistas y la existencia de buenos catequistas, se refirió a la labor «en la que nos metió Eugenio Vegas cuando descubrió la *Cité Catholique* en París, asombrando a Jean Ouset»; señaló que «Eugenio tenía la convicción de que, políticamente, estaba toda prácticamente perdido y que había que comenzar por preparar la tierra y sembrar». Señaló que esa era nuestra labor, la de ir sombrando y conquistando a la gente.

Finalmente, tras dar las gracias a todos, dijo: «os diré que lo que verdaderamente me conmueve es el hecho de llevar la medalla que llevó Eugenio Vegas, que no es una medalla cualquiera, porque fue la que llevaron Menéndez Pelayo, y Plá y Deniel».

ANTONIO URZÁIZ.